

«LIBERALES CON FRAGA»: DE LA UNIÓN LIBERAL (UL) AL PARTIDO LIBERAL (PL)

Adrián Magaldi Fernández

Universidad de Cantabria

adrian@magaldi.es

orcid.org/0000-0002-3241-8802

Introducción

En diciembre de 1979, Alianza Popular (AP) celebró su III Congreso, en el que su líder, Manuel Fraga, impulsó una primera refundación del partido por la cual abandonaba sus orígenes neofranquistas para vertebrarse «como un partido liberal-conservador». ¹ Fue también en dicho cónclave donde Fraga teorizó por primera vez la que sería su estrategia política durante la década de los 80: la búsqueda de esa supuesta «mayoría natural» contraria al socialismo que, ante futuros comicios, podía sufrir las consecuencias electorales de su fragmentación. Desde AP se apeló a la colaboración de una UCD (Unión de Centro Democrático) que consideraban debía abandonar sus «veleidades centro-izquierdistas», entendimiento solo facilitado cuando, tras la dimisión de Adolfo Suárez, la crisis de la formación centrista se acentuó y generó diversas escisiones. Destacable fue la salida del sector democristiano que, liderado por Óscar Alzaga, creó en julio de 1982 el Partido Demócrata Popular (PDP). Desde el primer momento, los democristianos mostraron su propósito de concurrir a futuros comicios con AP en una plataforma electoral de centro-derecha desde la cual hacer frente al PSOE. Con su aproximación, unida a la de otros pe-

queños partidos regionalistas de derechas, Fraga emprendió una estrategia de «moderación por agregación» con la que alcanzar esa «mayoría natural». ² Sin embargo, para completar ese proyecto, era consciente de la necesidad de sumar a los liberales, el grupo que iba a tener una más difícil trayectoria tras la disolución de UCD.

Los liberales siempre fueron la familia más débil de la formación centrista. En sus orígenes, UCD contó con dos formaciones de signo liberal: el Partido Demócrata Popular de Ignacio Camuñas, quien pronto pasó a un segundo plano, y la Federación de Partidos Demócratas y Liberales (FPDL) de Joaquín Garrigues Walker, fallecido en 1980. Las diferencias entre ambos grupos parecían reducirse a meros aspectos de matiz, con un discurso liberal que, inicialmente, había quedado difuminado entre las propias reivindicaciones democratizadoras. ³ Todo ello conllevó que, ante la descomposición de UCD, los liberales carecieran de un liderazgo y de un proyecto homogéneo que los permitiera emprender su nuevo camino en solitario, lo que derivó en una auténtica redefinición del espacio liberal. Antonio Garrigues Walker promovió, en el verano de 1982, el Partido Demócrata Liberal (PDL), situado en un liberalismo progresista con vocación de formación bise-

gra.⁴ Sin embargo, otros muchos liberales, bien por pragmatismo, bien por un discurso más conservador, rechazaron sumarse a ese proyecto y encontraron su vía de supervivencia política en la colaboración con Fraga, interesado en atraerlos para poner «la «guinda liberal» que le faltaba a su coalición.⁵ Así surgió Unión Liberal (UL), posteriormente refundada como Partido Liberal (PL), formaciones crecidas a la sombra de AP y que no tardaron en convertirse en las principales representantes de ese discurso neoliberal que estaba consolidándose en otros países. Estos liberales vivieron una difícil trayectoria que llegó a su fin cuando, en 1989, se produjo la gran refundación de la derecha con la creación del Partido Popular, en el cual se integraron la mayoría de estos liberales.

A lo largo de las siguientes páginas pretendo realizarse un acercamiento a la trayectoria de las dos grandes formaciones liberales profraguistas –UL y PL– con el propósito de comprender cuáles fueron las razones de su nacimiento y posterior fracaso, así como los objetivos, intereses y líneas ideológicas que definieron su estrategia y evolución. Pretende así profundizarse en la complejidad de la derecha española en los años 80, para lo cual se recurrirá a estudios previos, pero, principalmente, a material hemerográfico y a fuentes documentales inéditas, las cuales permitirán revelar la historia de estos «liberales con Fraga».

Pedro Schwartz: el primer liberal de Fraga

El 27 de agosto de 1982, el entonces presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, ante la crisis de UCD optó por disolver las Cortes y convocar elecciones para el 28 de octubre. El adelanto electoral permitió a Fraga consolidar el pacto AP-PDP, pero su propósito de atraer a los liberales de Garrigues fracasó. El PDL rechazó el acuerdo con la derecha fraguista y expresó «su convencimiento de que el centro político acabará estructurándose, a

corto o medio plazo, en torno a un liberalismo progresista [...] en una oferta claramente diferenciada de la derecha conservadora y de la izquierda socialista».⁶ Era ese el espacio electoral que aspiraba a ocupar el PDL, ambicionando representar una función de bisagra similar a la desempeñada por los liberales en Alemania. Rechazado el pacto con AP-PDP, el PDL gestionó un acuerdo con UCD que no tardó en frustrarse, por lo que finalmente no concurrió a estas elecciones, presentándose tan solo en Asturias y Canarias, con un mal resultado en ambos casos.

Constatada la falta de apoyo de los liberales de Garrigues, Fraga encontró un insospechado aliado en el más reconocido liberal de derechas: Pedro Schwartz. Catedrático de historia de las doctrinas económicas en la Universidad Complutense de Madrid, Schwartz había colaborado con Joaquín Garrigues en la FPD, aunque no se integró en una UCD en la que consideraba diluida la identidad liberal. Reacio a colaborar con el PDL, Schwartz se encontraba influido por pensadores alejados de ese liberalismo progresista, como Karl Popper, Friedrich Von Hayek, Lionel Robbins o, especialmente, Milton Friedman.⁷ Defensor de un neoliberalismo que siempre tuvo como referencia las políticas de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, Schwartz articuló un discurso caracterizado por la defensa de las libertades económicas del individuo y las empresas, las cuales pasaban por el apoyo a la iniciativa privada y la reducción del papel del Estado sobre la economía.⁸ Ferviente crítico de las empresas públicas, Schwartz consideraba que estas actuaban como «auténticos monopolios legales» que, en muchos casos, carecían de rentabilidad, por lo que opinaba que su mantenimiento equivalía a que «la contribución de los españoles se quemara en la plaza pública».⁹

Fraga ya había intentado atraerse a Schwartz previamente, pero el intelectual neoliberal ha-

bía manifestado serias dudas al respecto. Fue ante la convocatoria de elecciones y la reiteración de la oferta de Fraga, cuando Schwartz decidió sumarse a la coalición AP-PDP en calidad de independiente. Desde su visión, ante el más que previsible cambio del escenario electoral, alinearse con Fraga era «la única alternativa realista y positiva [frente] al canto de sirena de los socialistas».¹⁰ Schwartz criticó abiertamente la estrategia de Garrigues de no sumar fuerzas con Fraga, asegurando que «el liberalismo necesita un gran partido al que permear de ideas liberales, de forma que alcancen un amplio respaldo popular. Pretender ejercer una función bisagra desde un Partido Liberal me parece oportunismo».¹¹ Elaboradas las listas electorales de la coalición AP-PDP, Schwartz ocupó el séptimo puesto por Madrid. Para la campaña, ideó el eslogan «Un liberal con Fraga», que por consejo de su esposa cambió a «Liberales con Fraga». Con ello trataba de incidir en el supuesto respaldo liberal a la candidatura fraguista, algo que agradó al político gallego al considerar que ayudaba a visualizar el apoyo liberal en detrimento del PDL de Garrigues.¹² Celebradas las elecciones, el PSOE alcanzó una amplia mayoría absoluta mientras AP-PDP logró 107 diputados, entre los que figuraba el propio Schwartz.

Al tratarse del único diputado liberal, la evidente debilidad de este sector fue aprovechada por el PDP para tratar de crecer en el seno de la coalición, legitimando sus demandas en que su presencia era la que moderaba la imagen de la derecha convirtiéndola en una auténtica alternativa. El PDP reivindicó una mayor presencia en las listas electorales que comenzaban a negociarse para las elecciones autonómicas y municipales del 8 de mayo de 1983, demandando un 30% de los puestos con posibilidades.¹³ Ante el temor a un excesivo crecimiento de un brazo democristiano que pudiera rivalizar con AP, Fraga decidió seguir el consejo que,

poco después de las elecciones generales, le había realizado Alfonso Osorio. Este le había indicado que «tal vez [...] sea útil jugar a Pedro Schwartz como contrapeso con un grupo liberal» auténticamente vertebrado en torno a una formación que impidiera que el PDP se autoerigiera como responsable único de centrar la coalición.¹⁴ Desde AP comenzó a potenciarse ese sector liberal con la creación del Centro de Economía Liberal Conservador, presidido por Osorio y con Schwartz como consejero-delegado. El Centro surgió como un órgano de asesoramiento económico del grupo parlamentario, pero, el fin último, fue proporcionar los resortes para la creación de una formación liberal.¹⁵ Esta vio la luz el 18 de enero de 1983 bajo el nombre de Unión Liberal (UL), denominación que perseguía una evidente evocación histórica.¹⁶

Constituida UL, esta publicó un manifiesto en el que trataba de erigirse como legítima heredera del liberalismo español, con una ecléctica apelación historicista en la que decía propugnar «una actualización de la mejor tradición liberal española encarnada en la Constitución de Cádiz, en el progresismo de Olózaga, en la política unionista de O'Donnell y moderada de Bravo Murillo, así como en los grandes liberales de la Restauración: Giner de los Ríos, Azcárate, Montero Ríos...».¹⁷ Pese a dichos propósitos, lo que realmente definió al partido fue el ideario del propio Schwartz, su único diputado. Este imprimió a UL sus planteamientos neoliberales, insistiendo en la necesidad de una reforma del sector público y una contención de la presión fiscal. Igualmente quedaron reflejadas sus posiciones conservadoras, en las cuales fue incidiendo a medida que su directo rival —el PDL de Garrigues—, fue vertebrando un discurso que no tardó en ser catalogado como un liberalismo de izquierdas comparable al de Marco Pannella en Italia.¹⁸ Mientras Garrigues consideraba que el liberalismo debía ir más allá

de las libertades económicas para reflejar un liberalismo político favorable a medidas como la legalización de las drogas blandas, la eutanasia o el aborto; Schwartz lo criticaba y afirmaba no entender «cómo un liberal que está contra la pena de muerte no lo va a estar contra el aborto». ¹⁹ Ese tono conservador se acrecentó tras la incorporación al comité ejecutivo de UL de los llamados vaticanistas, jóvenes procedentes del brazo liberal de las antiguas Juventudes Centristas. El sector liberal de dichas juventudes había estado compuesto por el «ala cheli», más progresista y aglutinadas en torno a Joaquín Garrigues Walker, y el «ala vaticanista», más conservadora y con Antonio Fontán como referente. Disuelta UCD, mientras «los chelís» se inclinaron mayoritariamente por el PDL de Garrigues, vaticanistas como Miguel Ángel Cortés, Lorenzo Bernaldo de Quirós, Arturo Moreno o Carlos Aragonés, decidieron sumarse a las filas de UL para imprimir en ella esos principios neoliberales por los que se sentían crecientemente influidos. ²⁰

Constituido el partido, Schwartz fue elegido su secretario general mientras que Fernando Chueca fue nombrado presidente. La presentación oficial de UL tuvo lugar el 23 de marzo, en un acto en el que Schwartz calificó al partido como «uno de los ladrillos del edificio liberal-conservador» que se estaba construyendo en torno a la coalición con AP y PDP. ²¹ Las tres formaciones constituyeron la denominada Coalición Popular (CP), nombre que ya había estado presente en el pacto entre Fraga y Alzaga de 1982, aunque entonces optaron por concurrir como AP-PDP ante el deseo de los democristianos de dejar constancia de sus siglas. ²² Según aseguraba Schwartz, UL estaba llamada a tener un papel clave en el seno de esa coalición, pues «los conservadores aplaudirán nuestra visión del Estado, como una institución fuerte y especializada, capaz de defender las libertades patrias y de encauzar los apetitos individuales

hacia la prosperidad. Los cristianos apreciarán nuestra exquisita defensa de las creencias de cada cual, especialmente por cuanto se refiere a la libertad de enseñanza». ²³ Pero, pese a todo lo argüido, la auténtica razón de su existencia residía en los intereses aliancistas para reducir el potencial democristiano en la coalición, lo que se evidenció al cerrarse las listas electorales de 1983, con un reparto de puestos en que AP consiguió el 70%, frente al 20% del PDP y el 10% concedido a UL. ²⁴ Se trataba de un porcentaje que sobrerrepresentaba claramente a la formación de Schwartz en detrimento del PDP, cuando realmente UL carecía de cuadros y de una militancia reseñable, pues la mayoría de los liberales se habían adherido a un PDL que, además, logró hacerse con el reconocimiento de la Internacional Liberal. La fragilidad de UL se reflejó también en los escasos fondos disponibles, siendo la propia formación aliancista la principal financiadora del partido, al que otorgaba unas ayudas siempre limitadas para no «engordar demasiado a esa criatura», pues «ya tenía bastante con lidiar con sus socios democristianos». ²⁵ A estas dificultades se sumó la figura del propio Schwartz, que según reconocían sus compañeros de partido, «carecía de criterios propios y se dejaba llevar por unos y por otros». ²⁶ Schwartz siempre fue un intelectual antes que un político, reflejando una completa falta de liderazgo y de estrategia.

Pese a todas las debilidades de UL, su posicionamiento a la sombra protectora de AP lo permitió alcanzar una cierta presencia municipal y autonómica que contrastó con la derrota electoral del PDL. Aprovechando el fracaso de Garrigues, Schwartz comenzó a sondear a militantes del PDL para que engrosaran las mermadas filas de UL, pero Garrigues prefirió conducir su partido hacia la Operación Reformista que se estaba vertebrando en torno a Miquel Roca. La estrategia de Garrigues fue rechazada por miembros del propio PDL como

Javier Saavedra, quien consideraba que la mejor estrategia pasaba por un entendimiento con UL para incorporarse a CP. La decisión de Garrigues también fue criticada por históricos liberales del PDL como Luis Miguel Enciso o Joaquín Muñoz Peirats, quienes mostraban sus dudas hacia una Operación Reformista en la que temían que la identidad liberal quedara diluida. Según reflexionaba Muñoz Peirats, «la experiencia del pasado reciente ratifica en muchos de nosotros la idea de pertenecer exclusivamente a partidos liberales, aunque estos estén, por razones políticas, coaligados con otras agrupaciones para fines concretos». ²⁷ Ante el rechazo de Garrigues a escuchar sus demandas, Joaquín Muñoz Peirats y Luis Miguel Enciso abandonaron el PDL y comenzaron a plantearse las posibilidades de reconducir la situación, para lo cual entablaron contacto con antiguos dirigentes de UCD como Antonio Fontán, Antonio Jiménez Blanco, José Manuel Paredes, Miquel Duran, Soledad Becerril, Matías Rodríguez Inciarte, José Pedro Pérez-Llorca o Luis Ortiz. Todos ellos comenzaron a reunirse periódicamente en torno a una mesa del Club Financiero Génova, constituyendo lo que pronto se conoció como la Mesa Liberal, organizada con el objetivo de «unir todos los grupos liberales». ²⁸ Cuando trascendió públicamente su existencia, Fraga no tardó en fijar su vista en aquellos peculiares comensales con el propósito de sumarlos a una UL «que fuera más consistente y no el chiringuito del infeliz Pedro Schwartz». ²⁹

Antonio Fontán: el líder que no pudo ser

Fraga llevaba tiempo a la búsqueda de un liberal de prestigio con el que fortalecer UL, no solo para restar valor a la presencia del PDP en la coalición, sino también para frenar los posibles efectos electorales del proyecto que se estaba gestando en torno a Roca. Inicialmente fijó su atención en Juan García de Madariaga, quien durante la Transición había dirigido el

pequeño Partido Progresista Liberal y que, en esos momentos, presidía una tertulia liberal celebrada en el restaurante Valentín bajo el nombre de Nueva Sociedad. Pero, cuando García de Madariaga recibió la oferta de incorporarse a las filas liberales del fraguismo, rechazó tal posibilidad. ³⁰ Fue entonces cuando Fraga contactó con la Mesa Liberal a través de Antonio Fontán, quien había asumido un cierto rol de liderazgo en aquellos encuentros. Ya en el pasado, Schwartz había tratado de atraer a Fontán a UL ofreciéndole la dirección del partido en su Sevilla natal, aunque este rehusó el ofrecimiento aconsejándole que contara «con otras personas que tengan el tiempo necesario para montar una estructura viable en esta ciudad». ³¹ Pero la oferta que ahora recibía de Fraga era mucho más valiosa, pues le sondeó la posibilidad de asumir la presidencia de UL y que todos sus compañeros se incorporasen a la cúpula directiva del partido.

La mayoría de los miembros de la Mesa Liberal recibió con agrado la propuesta de Fraga al considerar

que existe el riesgo de una disolución de la identidad liberal en una operación —o intento de realizarla— de carácter coyuntural y metodológico, cuando lo nuestro es permanente e ideológico. Pensamos, por ejemplo, en la próxima y probable fugaz aparición de un partido reformista, desideologizado y tecnopolítico, que no sabe ni dice qué quiere reformar, ni en qué dirección. ³²

Frente a la posible alternativa reformista vertebrada en torno a Miquel Roca, los miembros de la Mesa Liberal aceptaron sumarse al proyecto representado por UL, aunque algunos rechazaron diluirse en las filas del liberalismo fraguista, como José Pedro Pérez-Llorca, Soledad Becerril o Luis Ortiz, quien acabó sumándose al PDP. Igualmente, Fontán estipuló toda una serie de condiciones para su adhesión, como la completa independencia de UL, actuando únicamente coaligados con el resto

de formaciones para fines electorales, dentro de un programa común articulado en torno a la defensa de las libertades y el desarrollo del Estado autonómico, rechazando cualquier posibilidad de reforma constitucional.³³ También solicitó una modificación del propio partido, la cual pasaba por un cambio en su denominación –asumiendo el nombre de Unión Liberal Demócrata– y una reforma estatutaria que quitara las funciones ejecutivas a la secretaría general, como regía hasta entonces, para pasar sus competencias a la presidencia que él mismo iba a asumir.³⁴ Fraga accedió a estudiar sus demandas, dejando al frente de las negociaciones al aliancista Carlos Robles Piquer, lo que evidenciaba su pérdida de confianza en Schwartz y cómo UL era concebida como un partido instrumental directamente gestionado por AP. El pacto se oficializó el 26 de enero de 1984, con Fontán asumiendo la presidencia mientras sus hombres de confianza fueron colocados en las numerosas vicepresidencias creadas, como Antonio Jiménez Blanco, Luis Miguel Enciso, Joaquín Muñoz Peirats, José Manuel Paredes, Gaspar Ariño o Rafael Márquez.³⁵ La mayoría de sus demandas fueron aceptadas, encontrando más dificultades en lo referido a sus propósitos de reforma interna del partido –tanto de sus estatutos como de su denominación–, teniendo que hacer frente a un Pedro Schwartz reacio a cualquier medida que pudiera reducir su poder.³⁶

En torno a la figura de Schwartz fue vertebrándose un sector crítico que aglutinó a muchos de quienes, militando en UL desde sus orígenes, se sintieron desplazados, como Fernando Chueca, Esperanza Aguirre, Andrés de la Oliva o Carlos Marquerie, que había dirigido las juventudes liberales. Como forma de oposición a Fontán, los críticos trataron de articular una estructura paralela en torno a una Federación para la Unión Liberal (FUL), concebida como un organismo superior que aglutinara a UL y

permitiera la integración de otras figuras liberales, aunque fracasaron en su propósito.³⁷ No obstante, el movimiento crítico logró el apoyo de figuras como Evaristo Amat, senador independiente que había prometido su incorporación a UL y que, ahora, lo rechazaba al asegurar que, con la llegada de Fontán, la formación «había dejado de ser un partido liberal para convertirse en oligárquico», liderado por «unos cuantos amigotes procedentes de UCD que, más que interesados en organizar un partido, lo que deseaban era organizar una agencia de colocaciones».³⁸ Pese a todas las críticas, Fontán logró hacerse con el apoyo de los jóvenes vaticanistas, quienes aseguraban que «llegó un momento en el que nos dimos cuenta de que Schwartz nunca llegaría a nada porque no era un líder político, [...] y por eso nos fuimos con Antonio Fontán».³⁹ El nuevo presidente se trataba de un político de prestigio –expresidente del Senado y exministro–, que, además, durante su antigua militancia en UCD siempre había actuado como un referente para ellos. Como señal de apoyo, los vaticanistas trataron de publicar un manifiesto favorable a Fontán, a quien definían como «el más legitimado para ostentar la etiqueta liberal por un legado histórico», mientras lanzaban duras críticas al grupo vertebrado en torno a Schwartz.⁴⁰ Pero las muestras de solidaridad con el nuevo presidente fueron escasas, y Fontán era consciente de que «hemos sido mal recibidos por una parte del pequeño aparato que maneja el secretario general. Lo cual no tendría mayor importancia si no se tratara del único diputado del UL».⁴¹ Este hecho hizo que Fontán tratara de atraer al partido a diversos parlamentarios, tanto antiguos centristas como diputados independientes de CP. Así logró incorporar a diputados como Arturo Corte Mier y José Miguel Bravo de Laguna, o senadores como Francisco Padrón y Rafael Márquez, que resultaron insuficientes para frenar los ataques de los críticos.⁴²

A las dificultades encontradas en la ejecutiva del partido se sumaron los problemas de una militancia prácticamente inexistente. Como señaló Schwartz poco después de que Fontán asumiera la presidencia, UL carecía de auténticas bases:

En Andalucía solo están implantadas en Jaén (bien) y Córdoba y Huelva (regular); [...] el resto, todo esperanzas y veremos. En Castilla-La Mancha, sigue el pequeño grupo de Albacete, y hay dos grupitos nuevos en Ciudad Real y Toledo. En Murcia, como antes. En Extremadura aún no se han asentado en ninguna de las provincias. En la región valenciana, Valencia y Alicante crecen, Castellón no va nada bien. En Castilla y León, todo es desolación: dicen que hay algo en Valladolid y en Burgos, pero yo no veo nada más que alguna actividad concejil. En la Rioja nada. En Aragón nada. En el País Vasco, cinco afiliados en Guipúzcoa. En Asturias, no pasan de diez. Galicia sí está expandiéndose, a Dios gracias; y las Canarias, como sabes; y las Baleares, bien, como antes iban. Pero en toda Cataluña, no pasamos de doce o quince afiliados efectivos en Barcelona, pues las otras tres provincias son un desierto.⁴³

Tan desolador escenario hacía que los 10.000 afiliados que Fontán se marcó como objetivo resultaran a todas luces exagerados, y lo cierto es que UL nunca llegó a dotarse de una auténtica militancia.⁴⁴

A los obstáculos encontrados en el seno de UL se sumaron los problemas con sus socios de coalición, especialmente con el PDP pues, como reconocían los liberales, «las conexiones entre los dos partidos menores de la Coalición son virtualmente inexistentes».⁴⁵ Pero, además, estos vínculos se fueron enturbiando por dos razones. En primer lugar, desde el PDP consideraban que UL «no aporta votos, pero al ser una creación de AP, puede ser un desagüe que utiliza este partido primando a Unión Liberal» en detrimento de los democristianos, lo que no dejaba de ser la razón original de su creación.⁴⁶ En

segundo lugar, existía un factor ideológico pues, según un documento interno de los liberales, «a los del PDP, partidarios del igualitarismo social, el radicalismo económico [...] de Unión Liberal, les irrita profundamente».⁴⁷ Desde las filas democristianas, Alzaga apelaba a una política económica guiada por los principios de solidaridad, subsidiaridad y bien común, ideas que consideraba ausentes en el programa de UL.⁴⁸ Aunque el PDP estimaba que la fórmula de una coalición entre conservadores, democristianos y liberales era la idónea, consideraban que UL no representaba al auténtico liberalismo español, otorgando ese papel al Partido Reformista Democrático (PRD), formación en que había cristalizado la Operación Roca. Para el PDP, solo un liberalismo progresista como el representado por el PRD sería capaz de «arañar» votos al PSOE, apelando a que se buscara algún tipo de acuerdo con ellos mientras insistían en la irrelevancia de UL.⁴⁹

Además, las relaciones entre UL y AP también comenzaron a enfriarse debido a unos liberales que no conseguían la ansiada independencia respecto a la formación aliancista. Según se lamentaba Muñoz Peirats, desde AP «se pretende que los otros partidos pequeños, UL y PDP, formen parte de la caravana, molestando lo menos posible. Intentan hacer de la Coalición una simple operación de maquillaje».⁵⁰ El propio Fontán informó a los aliancistas de que, desde UL, se tenía «la sensación de ser un apéndice inerte o una nota de color en la Coalición Popular».⁵¹ Ciertamente, desde AP se contemplaba a sus compañeros, y en especial a UL, con un valor meramente instrumental de acuerdo con sus fines electorales. Incluso destacados aliancistas afirmaban que «hoy en día el liberalismo yo creo que es un patrimonio de toda la sociedad política democrática. Entonces, el pretender asentar un partido en la idea de la ideología liberal exclusivamente, creo que eso es una pérdida de tiempo y una

inconsecuencia», a lo que no dudaba en añadir que le «gustaría, que PDP y AP y la Unión Liberal fueran un solo partido». ⁵² No resultaba extraño que, de acuerdo con esa concepción, AP acabara planeando una posible unificación de todas las formaciones. Fue en febrero de 1984 cuando, en una reunión celebrada en el parador de Sigüenza, Fraga planteó dicha opción, que fue frontalmente rechazada por Alzaga, pero también por Fontán, lo que desencadenó el temor de unos aliancistas que habían creado UL para contrarrestar al PDP, pero que contemplaban cómo rehusaban su propuesta y parecían buscar una creciente autonomía. ⁵³

Todas estas dificultades fueron afectando a Fontán que, según Fernando Chueca, «estaba cansado y presidía las sesiones de la directiva con premiosidad y desgana». ⁵⁴ Estas circunstancias provocaron que, a finales de 1984, el grupo más afecto a Fontán le organizara una cena-homenaje con el propósito de reforzar su liderazgo. Sin embargo, las palabras pronunciadas por el líder liberal en dicho acto provocaron el efecto contrario. Fontán hizo mención al excesivo tono conservador de AP, por lo que su coalición con UL y PDP lo consideraba indispensable si realmente pretendían centrar su imagen ante el electorado. Añadió que UL era la fuerza realmente necesaria para AP pues, frente al PDP, los liberales no contaban en sus filas con antiguos franquistas. Además, los democristianos fueron catalogados por Fontán como unos socios desleales, dados sus constantes guiños hacia los reformistas de Roca. También se refirió a una AP que veía reducida a la figura de un Fraga carente de sucesor, por lo que no dudó en alabar las posibilidades de Adolfo Suárez y su CDS (Centro Democrático y Social) de cara a las elecciones de 1990. ⁵⁵ Dichos comentarios no tardaron en hacerse públicos y originar un inmediato revuelo. Desde AP temían que UL se convirtiera en un socio incómodo, mientras el PDP recriminó las críti-

cas que contra ellos se habían realizado. Desde UL, el sector crítico aprovechó para reavivar la oposición interna, mientras que un sector profraguista articulado en torno a José Luis Heras, realizó duros reproches a los reunidos en aquella cena-homenaje. ⁵⁶ Ante dicho escenario, y completamente desilusionado, Fontán decidió presentar su dimisión y, el 22 de noviembre de 1984, el senador Rafael Márquez fue nombrado presidente en funciones. ⁵⁷ El propio Fontán no tardó en abandonar el partido y, con él, algunos de sus seguidores, especialmente aquellos jóvenes vaticanistas que, con sus movimientos y estrategias, se habían ganado fama de intrigantes. No obstante, muchos de esos vaticanistas reaparecían en la política nacional, años después, de la mano de José María Aznar.

El Partido Liberal de José Antonio Segurado

Con el abandono de Fontán, Fraga se planteó el dilema sobre la resolución a tomar respecto al brazo liberal de la coalición. Este dudaba entre insistir en su vertebración para contrarrestar las demandas del PDP, o relegarlo al olvido ante el temor a que UL adquiriese excesiva independencia y acabara convirtiéndose en un nuevo problema. Sin embargo, las tensiones con unos democristianos que trataban de marcar un discurso propio respecto a AP, pesaron más en su decisión de insistir en la vertebración de ese contrapeso liberal. Ante la necesidad de encontrar un nuevo líder, Fraga fijó su atención en el empresario José Antonio Segurado, vicepresidente de la CEOE (Confederación Española de Organizaciones Empresariales) y presidente de CEIM (Confederación Empresarial de Madrid). Segurado había sido el primer gran defensor de AP ante el mundo empresarial, por lo que, ya en 1983, Fraga le ofreció encabezar la candidatura de CP al consistorio madrileño. Pero, en aquellos momentos, Segurado rechazó dar el salto a la política, tanto por unos sondeos que le colocaban claramente por detrás

del aspirante socialista, Enrique Tierno Galván, como por la propia disputa en el seno de la CEOE por la sucesión de Carlos Ferrer Salat.⁵⁸ En 1984, cuando José María Cuevas fue nombrado presidente de la CEOE y Segurado vio frustradas sus aspiraciones en el seno de la patronal, accedió a atender las llamadas de Fraga, quien ahora le ofrecía el liderazgo de UL. En esta ocasión, Segurado aceptó la oferta.

Segurado asumió el liderazgo de los liberales fraguistas después de que AP aceptara alguna de sus demandas. En primer lugar, una mayor independencia política respecto a la formación aliancista. Aunque este era un factor que Fraga siempre había observado con recelos, las importantes ayudas financieras que, a cambio, Segurado lograría para la coalición, fueron suficiente para que aceptase su petición. En segundo lugar, Segurado rechazó ponerse al frente de UL, cuyas siglas consideraba demasiado gastadas, pidiendo en cambio hacerse cargo del Partido Liberal (PL), un pequeño partido situado en la órbita de AP.⁵⁹ Una vez asumido el control sobre esta formación, Segurado pedía que UL se integrara en el PL, con el objetivo de diluir a esa militancia original que, en el pasado, había permitido vertebrar un sector crítico contra Fontán. Desde UL, instigados por Fraga, accedieron a tales demandas y, el 14 de enero de 1985, se hizo efectiva la fusión de ambas formaciones, con el nombre de Partido Liberal, y con José Antonio Segurado como su principal representante.

El PL oficializó su refundación en un congreso celebrado los días 29 y 30 de junio de 1985. En dicho cónclave, Segurado fue confirmado como presidente, mientras José Miguel Bravo de Laguna fue nombrado secretario general. Paralelamente se eligió un consejo político en el que hasta un 20% de sus miembros fueron figuras procedentes del ámbito empresarial y totalmente afines a Segurado.⁶⁰ También se sumó a la nueva formación el hasta entonces

diputado centrista Pío Cabanillas que, además, fue designado eurodiputado como parte de los 60 parlamentarios españoles elegidos para representar a España en el Parlamento Europeo hasta las primeras elecciones europeas. Todas estas incorporaciones de figuras afines a su persona provocaron que ese sector crítico que Segurado había tratado de anular, se reactivara al sentirse desplazado. Además, a diferencia de lo ocurrido durante la etapa de Fontán, Segurado se esforzó por estructurar una organización a escala nacional, vertebrando unas delegaciones provinciales en las que colocó a gente de su confianza y desplazó a una antigua militancia que no dudó en alinearse con los críticos de Schwartz. En dicho sector tuvo un peso significativo la delegación madrileña, única provincia en que la extinta UL había alcanzado cierta fortaleza. Fueron críticos como Andrés de la Oliva y Esperanza Aguirre, a quienes sus adversarios se referían como el «caprichito de Pedro», quienes condujeron desde Madrid los ataques contra el nuevo presidente de los liberales fraguistas.⁶¹

Tras los diversos enfrentamientos en el seno del PL tan solo existió una disputa por el poder, con unos críticos conscientes de que ser relegados a un segundo plano en una formación menor de la coalición, era sinónimo de ser condenados a la irrelevancia política. En lo referido a la ideología, realmente no se produjeron diferencias significativas, y el propio Segurado incidió en el discurso neoliberal que Schwartz había tratado de imprimir en UL desde sus orígenes. Durante una conferencia pronunciada en junio de 1985 en el Club Siglo XXI, Segurado afirmó que el PSOE había llevado a España a una situación económica peor que la de 1982, al no haber sido capaz de generar confianza para la inversión, ni logrado contener el incremento del gasto público y el aumento de las cargas fiscales.⁶² Su discurso neoliberal insistió especialmente en la necesidad de una

reforma de la Seguridad Social, para que esta evolucionase «hacia una reducción sustancial de las cotizaciones sociales y a una paulatina desmonopolización de su actual sistema, permitiendo la participación del sector privado». ⁶³ De este modo, el PL incidió en un marco ideológico neoliberal, pese a que también existió un reducido grupo en posiciones más moderadas, similares a las del PRD, que se incorporó al PL por mero pragmatismo electoral ante un escenario bipartidista que daban por seguro.

Mientras tanto, el PDP contempló con recelos los cambios experimentados en sus socios liberales, alegando que «esta nueva versión de UL» solo iba a servir para entorpecer su deseado pacto con los liberales del PRD. ⁶⁴ Los democristianos venían apostando desde hacía tiempo por incorporar a los reformistas a CP pero, ante el frontal rechazo de Roca, comenzaron a plantearse la posibilidad de ser ellos quienes se alinearan con el PRD. Desde el PDP cada vez existía un mayor temor a que se vertebrara una alternativa de centro en la que no estaban, condenándoles para siempre a una derecha en la que muchos se habían ubicado de forma vergonzante por mero tacticismo. Sin embargo, problemas internos del partido y el inminente escenario electoral —con la proximidad de las elecciones gallegas, andaluzas y generales—, los condenó a mantenerse en la coalición, tratando de crecer lo máximo posible en su seno para, posteriormente, iniciar su camino en solitario si quedaba constatado el techo electoral de Fraga. Frente a esa actitud, Segurado declaraba que «al Partido Liberal le preocupa e interesa fundamentalmente el programa y su filosofía, y le resulta secundario el porcentaje o la cuota de poder», una inequívoca alusión a un PDP caracterizado por sus constantes peticiones de mayor presencia en la coalición. ⁶⁵ Dichas declaraciones irritaban notoriamente a los democristianos, generando una tensión que se acrecentaba cada vez que

Segurado aprovechaba para asegurar que «el PL es la izquierda de la coalición». ⁶⁶

Los problemas entre los partidos de CP se hicieron evidentes ante las elecciones generales de 1986. Para el diseño de las listas se formó un comité compuesto por seis miembros: Antonio Jiménez Blanco (PL), José Luis Álvarez y José Ignacio Wert (PDP), y Alfonso Osorio, Abel Matutes y Juan Ramón Calero (AP). Mientras los democristianos plantearon grandes demandas, los liberales se mostraron más comedidos en sus peticiones, conscientes de su debilidad. Desde AP, Osorio realizó un estudio analizando la situación de cada partido. En dicho análisis se afirmaba que tanto el PDP como el PL eran formaciones cuya «fuerza real es una incógnita» y con escasas o nulas opciones en solitario, especialmente un PL del que afirmaba que «quizá su fase de desarrollo sea incluso anterior a la embrionaria». ⁶⁷ Todo ello llevó a que Osorio insistiera a Fraga en que las concesiones realizadas fueran mínimas. Cuando finalmente se estipuló el reparto de puestos en las listas, se otorgó a AP un 67,5%, al PDP un 21% y al PL un 11,5%. ⁶⁸ Cuando el PL tuvo que proponer a miembros de sus filas para ocupar los puestos concedidos, Segurado no dudó en marginar a los críticos como Schwartz, ubicándoles en posiciones con nulas opciones. La oposición de Schwartz a aceptar tales puestos fue desoída, por lo que sus constantes protestas provocaron que se le abriera un expediente disciplinario, acrecentando aún más la desafección de este sector. ⁶⁹ Los leales a Segurado, en cambio, fueron recompensados. Al PL se le habían otorgado 3 cabeza de lista, que fueron concedidos a José Miguel Bravo de Laguna (Las Palmas de Gran Canaria), Antonio Jiménez Blanco (Málaga) y Adolfo Careaga (Vizcaya). Así como la confección de listas había supuesto algunas dificultades en sus negociaciones, menos problemas planteó la redacción del programa electoral. Para tal cometido se confi-

guró un gabinete compuesto por Miguel Herro de Miñón (AP), José Manuel García-Margallo (PDP) y Ana María Yabar (PL), en el que fue el representante aliancista quien definió las líneas directrices, no solo en tanto que miembro del partido mayoritario, sino también porque AP era el contrapunto perfecto entre democristianos y liberales, los grupos más confrontados y distantes en el seno de la coalición.⁷⁰

Las elecciones tuvieron lugar el 22 de junio. El PSOE renovó su mayoría absoluta mientras la coalición fraguista se atascó en los 105 diputados y 63 senadores, lo que para el PL se tradujo en 12 diputados y 8 senadores.⁷¹ Los resultados parecían confirmar el techo de Fraga, por lo que el PDP planteó la posibilidad de iniciar un camino en solitario. A pesar del fracaso del PRD, que no obtuvo ningún diputado, los buenos resultados del CDS parecían confirmar las opciones para una formación ubicada entre el PSOE y AP, espacio que los democristianos ansiaban ocupar. Alzaga indicó que el PDP había formado parte de CP con el objetivo de «ganar las próximas elecciones» y «conseguir el gobierno», propósitos que al no haberse logrado diluían las razones para mantenerse unidos.⁷² Para continuar en la coalición, el PDP exigía una mayor autonomía para los diferentes partidos, demandas que los liberales contemplaron con buenos ojos, aunque, ciertamente, se mantuvieron al margen de la confrontación entre Fraga y Alzaga. En esos momentos, Segurado se encontraba más interesado en recoger los restos del reformismo y su homologación en la Internacional Liberal, que Garrigues prefirió facilitar al CDS.⁷³ El 14 de julio, ante el rechazo de AP a las exigencias del PDP, los democristianos abandonaron la coalición y sus diputados pasaron al Grupo Mixto, donde constituyeron la Agrupación de la Democracia Cristiana. Ante dicha ruptura, el PL optó por mantenerse leal a sus socios aliancistas, preparando conjuntamente la campaña para las autonómicas vas-

cas de noviembre, que Fraga ya contemplaba como las últimas elecciones de CP, planteando nuevamente una fusión a la que los liberales se negaban.

La situación del PL se complicó tras los dos escándalos sufridos por el partido en el otoño de ese 1986. El principal conflicto surgió cuando su secretario general, José Miguel Bravo de Laguna, fue descubierto robando un pijama en los almacenes londinenses «Marks&Spencer». Inicialmente, Segurado defendió a su secretario general, quien se excusaba en que el pijama se había «deslizado» al interior de una bolsa sin él pretenderlo, pero que se había declarado culpable, por recomendación de su abogado, para evitar problemas judiciales. Sin embargo, un amigo de Segurado, el empresario Max Mazín, le hizo saber que el propietario de los grandes almacenes le había informado sobre la existencia de una grabación que desmentía la versión de Bravo de Laguna, por lo que este se vio obligado a dimitir.⁷⁴ El segundo escándalo afectó al vicepresidente del partido, José Meliá, al conocerse que durante las pasadas elecciones había contratado la publicidad de la campaña a una empresa de la que era consejero y accionista, Publicidad96 S.A., calculándose que había obtenido un beneficio de alrededor de 70 millones de pesetas, de los que una comisión habría ido a parar a las arcas del PL.⁷⁵ En dicha situación, críticos como Pedro Schwartz y Andrés de la Oliva no dudaron en pedir la celebración de un congreso extraordinario y la dimisión de Segurado, razón por la que fueron expedientados. Especialmente duro se mostró Schwartz, quien aseguró que

el liberalismo de José Antonio Segurado era desconocido hasta que fue elegido presidente del PL, y [...] es una persona de cuya independencia hay motivos para dudar. Ya ve, como empresario ofrece una trayectoria fallida y como líder del PL está siendo financiado por un grupo de capitalistas. Creo que el PL no está bien liderado.⁷⁶

Los críticos trataron de aprovechar la votación del nuevo secretario general para colocar en dicho puesto a uno de sus miembros, pero el triunfador fue Jiménez Blanco, afín a Segurado.⁷⁷ Finalmente, muchos críticos optaron por abandonar el partido, como Pedro Schwartz, Andrés de la Oliva o Esperanza Aguirre, quien se integró en AP.

Mientras tanto, las elecciones vascas habían tenido lugar, con una candidatura de CP que cosechó un pésimo resultado. Ello provocó que Fraga, quien llevaba tiempo sondeando la posibilidad de dimitir, decidiera abandonar la presidencia de AP, y así se lo comunicó a Segurado y Cabanillas en un almuerzo celebrado el 2 de diciembre.⁷⁸ A la espera de que AP realizara un congreso en que eligiese al sucesor, Miguel Herrero de Miñón se hizo cargo del partido. Este era favorable a vertebrar un gran partido liberal-conservador unificado y poner fin a la política de «moderación por agregación» iniciada por Fraga, planteando nuevamente que los liberales se diluyeran en el seno de AP.⁷⁹ Cuando Segurado rechazó la propuesta, Herrero de Miñón consideró que la trayectoria recorrida junto a los liberales debía llegar a su fin, por lo que dio por rota la coalición. La decisión no tardó en generar revuelo, tanto en las filas aliancistas como liberales. En AP, Osorio recriminó a Herrero de Miñón no haber cumplido con la petición realizada por Fraga poco antes de abandonar el cargo, quien les indicó que «Segurado se ha portado siempre conmigo como un caballero y yo os pido que os portáis de la misma forma con él».⁸⁰ Desde el PL, Segurado esperaba que, pese a la ruptura de la coalición, el partido pudiera mantenerse en el Grupo Parlamentario Popular, aunque con una mayor autonomía. La falta de iniciativa de Segurado, temeroso de alejarse de la protección aliancista, fue interpretada por algunos liberales como una muestra de debilidad, por lo que dos diputados abandonaron el partido: José Nico-

lás de Salas, que se incorporó a CiU (Convergència i Unió), y Baltasar Zárata, que se sumó al CDS.⁸¹ Finalmente, Segurado decidió hacer efectiva la ruptura con AP, pasando sus diputados al Grupo Mixto, donde constituyeron una Agrupación Liberal. Igualmente, los 18 parlamentarios autonómicos de que entonces disponía el PL hicieron efectiva su ruptura con AP, aunque prometieron garantizar la estabilidad gubernamental en Galicia y Baleares.⁸² Los liberales comenzaron así un camino en solitario sin rumbo definido.

Los liberales: de la travesía del desierto a la refundación de la derecha

El PL inició su independencia respecto a los aliancistas en un escenario de incertidumbre, acrecentado por las inminentes elecciones municipales, autonómicas y europeas, convocadas para el 10 de junio de 1987. Los liberales lanzaron guiños constantes al CDS y CiU en busca de posibles coaliciones, pero ambos partidos desecharon tal posibilidad. Realmente, Segurado no contaba con una estrategia clara ante el nuevo escenario en solitario, y el PL concurrió a dichos comicios de las más variadas formas. A escala local, en aquellos escasos municipios donde el PL se encontraba más asentado presentó candidaturas en solitario, mientras en otros logró forjar alianzas con AP que, bajo el liderazgo de su nuevo presidente, Antonio Hernández-Mancha, aceptó alcanzar acuerdos parciales con sus antiguos socios liberales. El PL también logró sellar algunos pactos con el PDP, pues el pragmatismo electoralista los obligó a unir fuerzas con quienes habían sido sus antiguos rivales. La alianza con los democristianos permitió la creación de la Unión Demócrata Foral en Navarra, y de Coalición Galega Progresista en Galicia, a la que también se sumó Coalición Galega. En lo referido a los comicios autonómicos, el PL concurrió en solitario en Castilla-La Mancha, Extremadura y Castilla y

León, mientras en Baleares y Cantabria apoyó la candidatura aliancista. Con el PDP se presentó en Navarra, y en Canarias forjó una Coalición Canaria de Centro junto a los restos del reformismo en las islas. En las demás autonomías, los liberales optaron por no presentarse. A escala europea, el PL renunció a concurrir a cambio de que Pío Cabanillas fuera integrado en las listas de AP, petición que fue aceptada.⁸³ Esta diversidad de estrategias simbolizaban, en realidad, la ausencia de un proyecto político independiente, lo que vino a confirmar los resultados cosechados. De sus candidaturas en solitario, el PL tan solo obtuvo 62 concejales, no consiguiendo ningún representante autonómico. Sus pactos electorales tampoco resultaron rentables, pues solo los permitió sumar un reducido número de concejales más y el escaño europeo acordado para Cabanillas.

En esta difícil situación, el PL convocó un congreso para los días 7 y 8 de noviembre de 1987, en el que Segurado fue reelegido presidente mientras Gabriel Castro Villalba fue nombrado secretario general. Segurado insistió en el discurso neoliberal de la formación, afirmando que «no es solo menos Estado el ideal que buscamos, sino un Estado infinitamente más eficaz, equitativo y respetuoso con las personas a las que se debe».⁸⁴ Se reafirmó en su convicción sobre la necesidad de reducir el gasto público y «el peso del Estado en la vida económica», puesto que, además, «los servicios públicos que sufrimos son caros y de ínfima calidad», insistiendo en que se permitiera que «la iniciativa privada demostrara que puede dar mejores servicios a un coste más bajo».⁸⁵ Junto a estas proclamas típicas de su discurso, Segurado apeló a la unión del centro y la derecha en una gran plataforma con la cual hacer frente al PSOE. Según indicó, los liberales manejaban un sondeo electoral para las generales de 1990, en el que se auguraba que tras ellas quedarían «consolidados AP y CDS como

fuerzas de oposición, pero anulándose respectivamente», por lo que insistía en que la única opción para apartar al PSOE del gobierno pasaba por sumar fuerzas.⁸⁶ Bajo dichas premisas, el PL continuó su trayectoria en solitario, pero en las filas del partido eran pocos los que confiaban en sus posibilidades, lo que originó un goteo constante de abandonos. En el Congreso de los Diputados, Juan Carlos Aparicio se integró en AP, Antonio Jiménez Blanco y Ana María Yábar pasaron al CDS, y José Manuel Paredes continuó en el Grupo Mixto pero fuera de la Agrupación Liberal. En el Senado, Ángel Hernández y Fernando Chueca pasaron al CDS, mientras Miguel Barceló se incorporó a AP. Según denunciaba Segurado, el PL estaba siendo víctima de una «OPA hostil» procedente tanto de AP como del CDS.⁸⁷

En este escenario, la única esperanza que encontraron los liberales surgió al plantearse desde AP una refundación de la derecha. Su presidente, Antonio Hernández-Mancha, consiguió sumar al proyecto a Marcelino Oreja, prestigiosa figura que había sido ministro de Asuntos Exteriores con Adolfo Suárez y secretario general del Consejo de Europa durante los años ochenta. Oreja apoyó aquella refundación a cambio de que el partido iniciara una serie de reformas que pasaban por ubicarse en un centro-derecha más definido y homologarse con el Partido Popular Europeo.⁸⁸ A la vista de los cambios pretendidos, Fraga decidió volver temporalmente a la presidencia de AP, para ser él quien condujera la renovación de su antiguo partido. Antes de fraguarse la refundación, Fraga y Oreja celebraron un encuentro con Segurado y Cabanillas, quienes no dudaron en aceptar lo interesante de la propuesta aliancista de forma similar a como hicieron los democristianos. El 15 de enero de 1989, Segurado convocó al comité ejecutivo del PL para decidir si disolvían el partido y se incorporaban a la refundación de la derecha emprendida por

AP. Los miembros del comité votaron de forma mayoritaria a favor, por lo que, como declaró Segurado, «volvemos a estar donde estábamos cuando Fraga presidía AP».⁸⁹ Lo primero que hicieron los miembros del PL fue volver al Grupo Parlamentario Popular, decisión rechazada por José María Pardo, que se integró en el CDS, y Adolfo Careaga, que se mantuvo en el Grupo Mixto. De esta forma, la aportación del PL se limitó a 5 representantes en el Congreso y otros 5 en el Senado.⁹⁰ Cuando días después se constató la refundación de AP en un nuevo Partido Popular (PP), los liberales decidieron que era el momento de poner fin al partido, por lo que el PL convocó un Congreso extraordinario que, el 15 de marzo de 1989, decidió disolver la formación por 135 votos a favor y 6 abstenciones.⁹¹ Los liberales pasaron a un PP en el que Segurado fue recompensado con una vicepresidencia, aunque apenas un año después abandonó el partido y volvió a la actividad empresarial al sentirse relegado a un segundo plano.

Como era lógico dada su histórica vinculación a AP, el PL diluyó su identidad cuando los aliancistas decidieron refundar la derecha. No sucedió lo mismo con sus tesis neoliberales, que lograron mantener e, incluso, convertir en principios dominantes del partido. La supuesta adscripción de signo democristiano que Oreja había pretendido imprimir al PP, quedó diluida cuando su liderazgo recayó en José María Aznar, con un perfil neoliberal al que había llegado, curiosamente, influido por aquellos antiguos vaticanistas de UL. Cuando Aznar asumió el gobierno de la Junta de Castilla y León, llegó a un Valladolid donde se encontraban Miguel Ángel Cortés y Lorenzo Bernal de Quirós, quienes pronto se convirtieron en personas de su confianza y lo convencieron de nombrar como su jefe de gabinete a otro antiguo vaticanista, Carlos Aragonés.⁹² En torno a ellos se gestó el llamado «Clan de Valladolid», grupo de ten-

dencia neoliberal al que se incorporaron personalidades como Miguel Ángel Rodríguez, José María Michavila, Pilar del Castillo, Mercedes de la Merced, Gabriel Elorriaga o Alfredo Timermans, que desempeñarían puestos fundamentales en el comité ejecutivo del PP, así como en la política nacional. Igualmente, tendrían un papel fundamental figuras como Esperanza Aguirre, o personas del entorno de Segurado, como Juan Carlos Vera, Francisco Ochoa, Antonio Cámara o Ramón Aguirre.⁹³ Los neoliberales españoles, una mera comparsa con funciones instrumentales en la derecha de los años 80, estaban llamados a tener un papel clave en la nueva derecha aznarista, al encontrar una estructura y un liderazgo del que habían carecido en las experiencias de UL y PL. Como había ocurrido en otros países, cuando la gran representante de la derecha española asumió tales principios, fue cuando el proyecto neoliberal se convirtió en una auténtica alternativa de poder.

Conclusiones

Las formaciones liberales ubicadas en la órbita fraguista, Unión Liberal primero y Partido Liberal después, tuvieron una compleja historia al haber nacido con un carácter netamente instrumental de acuerdo con los intereses políticos de AP. Los aliancistas impulsaron dichas formaciones para afrontar los problemas que padecía la coalición derechista formada en torno a Fraga. Desde dentro de la coalición, AP tenía que hacer frente a un PDP que deseaba dejar de ser un socio secundario al considerar que era su pasado centrista lo que moderaba la imagen de la derecha y la convertía en una auténtica alternativa. Desde fuera, el problema para Fraga se encontraba en unos representantes del liberalismo —el PDL primero, y el PRD posteriormente— reacios a integrarse en la coalición fraguista, lo que hacía temer la posible vertebración de una alternativa de centro que frustrara el escenario bipartidista y la supuesta

«mayoría natural» que Fraga ansiaba alcanzar. Fue esta situación la que originó unas formaciones liberales creadas con el simple propósito de favorecer a AP, por lo que las extrañas condiciones de su nacimiento supusieron un constante problema en su trayectoria.

Los liberales fraguistas padecieron a lo largo de su historia un fuerte problema de taticismos y personalismos debido tanto a los conflictos con otras formaciones como a las divisiones internas. Los problemas externos derivaron de la existencia de otras alternativas liberales que gozaban del reconocimiento internacional, pero, principalmente, procedieron de sus propios socios de coalición. Mientras el PDP los vio como sus mayores rivales al tratar de desempeñar las funciones de moderación que los democristianos se arrogaban para sí, desde AP siempre trató de contenerse los recursos y militantes de unos liberales creados como mero contrapeso al PDP. Pero, además de las dificultades creadas por otras formaciones, los liberales fraguistas también padecieron una gran división interna pues, concedores de su papel menor en el seno de coalición, hacerse con el control del aparato del partido se convirtió en indispensable si querían conseguirse los escasos puestos que en el reparto del poder les pudieran corresponder.

A esto se sumó el problema que tanto UL como PL padecieron respecto a su definición ideológica, al ubicarse mayoritariamente en un discurso neoliberal que, a los ojos de la opinión pública, dificultaba esa imagen de moderación. En el resto de Europa, los partidos liberales se encontraban en unas posiciones más moderadas, similares al reformismo de Roca, con un discurso neoliberal que no había derivado en formaciones independientes, sino que había sido asumido por los representantes del conservadurismo. Todo ello dificultó que los hombres de Schwartz y Segurado pudieran encontrar un espacio político propio, tanto en el seno de la

coalición como en el escenario político de la España de los ochenta. Fue solo cuando la derecha se refundó en torno a un nuevo partido y un nuevo liderazgo dispuesto a asumir sus principios, cuando estos neoliberales encontraron su lugar.

FUENTES

Archivos
AAO (Archivo Alfonso Osorio)
AAF (Archivo Antonio Fontán)
AG (Archivo Gunther)
AJLA (Archivo José Luis Álvarez)
Registro General de Partidos Políticos

Prensa

ABC
Diario 16
Europeo, El
País, El
Provincias, Las
Vanguardia, La
Ya

BIBLIOGRAFÍA

- BAÓN, Rogelio, *Historia del Partido Popular*, Ibersaf, Madrid, 2001.
- CALDÉS, Juan Antonio y GARRIGUES, Antonio, *La alternativa liberal*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
- CHUECA, Fernando: *Liberalismo: ideas y recuerdos*, Dossat, Madrid, 1989.
- CIERVA, Ricardo de la, *La derecha sin remedio (1801-1987)*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.
- DÁVILA, Carlos y HERRERO, Luis, *De Fraga a Fraga*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989.
- DRAKE, Virginia, *Esperanza Aguirre. La Presidenta*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- FRAGA, Manuel, *En busca del tiempo servido*, Planeta, Barcelona, 1987.
- GIL, Julio, *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha en España (1937-2004)*. Taurus, Madrid, 2019.
- JÁUREGUI, Fernando, *La derecha después de Fraga, El País*, Madrid, 1987.
- MAGALDI, Adrián, «La Operación Roca. El fracaso de un proyecto liberal en la España de los 80», *Historia Contemporánea*, 59, 2019, pp. 307-342.

- PALOMO, Graciano, *El vuelo del halcón*, Temas de hoy, Madrid, 1990.
- PENELLA, Manuel, *Los orígenes y la evolución del Partido Popular. Tomo I: 1973-1982*, Caja Duero, Salamanca, 2005a.
- , *Los orígenes y la evolución del Partido Popular. Tomo II: 1982-1989*, Caja Duero, Salamanca, 2005b.
- POWELL, Charles, *España en democracia, 1975-2000*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.
- , «Alianza Popular y la Transición: la difícil forja de una derecha democrática española», en Quiroza-Cheyrouze, Rafael, *Los partidos en la transición*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013a, pp. 163-184.
- , «El principal partido de la oposición y el gobierno largo del PSOE: de Fraga a Aznar», en SOTO, Álvaro y MATEOS, Abdón, *Historia de la época socialista*, Sílex, Madrid, 2013b, pp. 389-404.
- RIBAGORDA, Carlos y CARDERO, Ignacio, *Los PPIjos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- SCHWARTZ, Pedro, *Bases filosóficas del liberalismo*, Instituto de España, Madrid, 1984.
- , *En busca de Montesquieu*, Encuentro, Madrid, 2006.
- VERSTRYNGE, Jorge, *Memorias de un maldito*, Grijalbo, Barcelona, 1999.
- ¹¹ ABC, 17-IX-1982.
- ¹² Dávila y Herrero, 1989, p. 43.
- ¹³ AJLA, caja 10, carp. 8: Bases pacto electoral.
- ¹⁴ AAO: Carta de Alfonso Osorio a Manuel Fraga, 11-XI-1982.
- ¹⁵ *El Europeo*, 27-I-1983.
- ¹⁶ Fraga, 1987, p. 300.
- ¹⁷ Chueca, 1989, p. 489.
- ¹⁸ *Diario 16*, 15-I-1983.
- ¹⁹ Galdés y Garrigues, 1983. ABC, 12-I-1983.
- ²⁰ Ribagorda y Cardero, 2004, pp. 199-200.
- ²¹ ABC, 24-II-1983.
- ²² Penella, 2005b, p. 648.
- ²³ AAF, caja266, carp. I: Conferencia Pedro Schwartz Club Siglo XXI, 22-III-1984.
- ²⁴ *El País*, 27-III-1983.
- ²⁵ Penella, 2005b, p. 79.
- ²⁶ Chueca, 1989, p. 436.
- ²⁷ AAF, caja265, carp. I, Carta de Joaquín Muñoz a Antonio Garrigues, 10-XI-1983.
- ²⁸ AAF, caja266, carp. 3: Informe situación UL, septiembre de 1983.
- ²⁹ Verstryngge, 1999, p. 185.
- ³⁰ Chueca, 1989, pp. 377-378.
- ³¹ AAF, caja 266, carp. 2: Carta de Antonio Fontán a Pedro Schwartz, 25-X-1983.
- ³² AAF, caja 265, carp. 3: Una política para los liberales, Antonio Fontán, 12-XII-1983.
- ³³ AAF, caja 266, carp. 3: Informe sobre UL, 7-IX-1984.
- ³⁴ *Ídem*.
- ³⁵ *La Vanguardia*, 27-I-1984.
- ³⁶ AAF, caja266, carp. I: UL, miembros del nuevo comité permanente.
- ³⁷ Con la creación de la FUL, los críticos trataban de imitar las estructuras de la propia AP, donde convivían el PUAP (Partido Unificado de Alianza Popular) y la FAP (Federación de Alianza Popular), constituida por el PUAP y otra serie de pequeños partidos conservadores de militancia irrelevante. El objetivo de los críticos fue controlar UL a través de un organismo superior, como la fallida FUL.
- ³⁸ *Las Provincias*, 11-XI-1984.
- ³⁹ Ribagorda y Cardero, 2004, p. 203.
- ⁴⁰ Chueca, 1989, p. 559.
- ⁴¹ AAF, caja 266, carp. 2: Carta de Antonio Fontán a Manuel Fraga, 25-II-1984.

NOTAS

- ¹ Penella, 2005a, pp. 483-512.
- ² Powell, 2013a, p. 182.
- ³ No obstante, el PDP siempre contó con un corpus doctrinal más definido, llegando a ingresar en la Internacional Liberal, mientras que para amplios sectores del FPDL, en busca de una nueva derecha democrática, la apelación liberal parecía una etiqueta con la que marcar diferencias respecto a un conservadurismo enraizado en la dictadura. Sobre ambas formaciones: Gil, 2019, pp. 227-235.
- ⁴ Magaldi, 2019, pp. 311-315.
- ⁵ *Diario 16*, 10-I-1983.
- ⁶ AAF, caja265, carp. I: Propuesta de estrategia política PDL.
- ⁷ Schwartz, 1984.
- ⁸ Schwartz, 2006.
- ⁹ ABC, 25-XI-1979. *El País*, 19-VII-1983.
- ¹⁰ *Diario 16*, 9-X-1982.

- ⁴² AAF, caja 266, carp. 1: Nota de prensa de UL, 26-IX-1984.
- ⁴³ AAF, caja 266, carp. 2: Carta de Pedro Schwartz a Antonio Fontán, 1-I-1984.
- ⁴⁴ AAF, caja 266, carp. 1: Acta de la reunión de la comisión ejecutiva nacional de UL, abril de 1984.
- ⁴⁵ AAF, caja 266, carp. 2: Carta de Pedro Schwartz a Óscar Alzaga, 24-IX-1984.
- ⁴⁶ AAF, caja 266, carp. 3: Informe situación política de UL.
- ⁴⁷ *Ídem*.
- ⁴⁸ Penella, 2005b, p. 778.
- ⁴⁹ AAF, caja 266, carp. 1: La estrategia del PDP, OTR-PRESS, 20-XI-1984.
- ⁵⁰ AAF, caja 266, carp. 2: Carta de Joaquín Muñoz a Antonio Fontán, 3-IX-1984.
- ⁵¹ AAF, caja 266, carp. 3: Borrador de introducción a UL.
- ⁵² AG, carp. C-28. [La obligación de confidencialidad del propio archivo impide una referencia más completa sobre el autor de tales declaraciones].
- ⁵³ Baón, 2001, p. 571.
- ⁵⁴ Chueca, 1989, p. 437.
- ⁵⁵ Baón, 2001, p. 560.
- ⁵⁶ *Ídem*.
- ⁵⁷ AAF, caja 266, carp. 1: Comunicado de prensa de UL.
- ⁵⁸ Palomo, 1990, pp. 209-210.
- ⁵⁹ El PL había sido fundado a mediados de los 70 por Enrique Larroque, quien trató de sumar la formación a UCD pero, al no recibir la representación deseada, abandonó la coalición centrista e inició una estéril trayectoria en solitario integrándose, en enero de 1983, en la FAP. Registro de Partidos Políticos, carp. 48.
- ⁶⁰ *El País*, 11-I-1985.
- ⁶¹ Drake, 2006, p. 31.
- ⁶² ABC, 4-VI-1985.
- ⁶³ *El País*, 30-VI-1985.
- ⁶⁴ *El País*, 27-XII-1984.
- ⁶⁵ *El País*, 30-VI-1985.
- ⁶⁶ *El País*, 11-V-1985.
- ⁶⁷ AAO: Informe sobre una posible renovación del pacto de Coalición Popular, mayo de 1985.
- ⁶⁸ AAO: Pacto AP/PDP/UL, julio de 1985.
- ⁶⁹ Dávila y Herrero, 1989, p. 50.
- ⁷⁰ Baón, 2001, p. 658.
- ⁷¹ Los 12 diputados conseguidos en el Congreso fueron: José Antonio Segurado, José Nicolás de Salas, Juan Carlos Aparicio, José Manuel Boella, José Meliá Goicoechea, Antonio Jiménez, José Miguel Bravo de Laguna, José María Pardo, José Manuel Paredes, Ana María Yabar, Adolfo Careaga y Baltasar Zárata. Los 8 representantes del Senado fueron: Miguel Barceló, José Antonio de Luna, Antonio Buades, José Luis López, José Luis Liso, Ángel Hernández, Alonso Marí y Fernando Chueca jr.
- ⁷² AJLA, caja 11, carp. 11: Resolución del Comité Ejecutivo del PDP.
- ⁷³ ABC, 18-IX-1988.
- ⁷⁴ Cierva, 1987, p. 10. Drake, 2006, p. 35.
- ⁷⁵ ABC, 25-X-1986.
- ⁷⁶ *La Vanguardia*, 26-IX-1986.
- ⁷⁷ ABC, 27-XI-1985.
- ⁷⁸ Fraga, 1987, p. 456.
- ⁷⁹ Powell, 2013b, p. 397.
- ⁸⁰ *Ya*, 12-XII-1986.
- ⁸¹ *El País*, 16-XII-1986.
- ⁸² *El País*, 13-I-1987.
- ⁸³ *El País*, 7-V-1987.
- ⁸⁴ *El País*, 9-XI-1987.
- ⁸⁵ *Ídem*.
- ⁸⁶ *El País*, 3-X-1987.
- ⁸⁷ En medio de la pérdida constante de diputados, fue significativa la incorporación de Carlos Manglano, antiguo aliancista que se encontraba en el Grupo Mixto y que decidió integrarse en la Agrupación Liberal.
- ⁸⁸ Powell, 2001, p. 504.
- ⁸⁹ *El País*, 16-I-1989.
- ⁹⁰ Los 5 diputados fueron José Antonio Segurado, José Manuel Boella, José Meliá, José Miguel Bravo de Laguna y Carlos Manglano. Los 5 senadores fueron José Antonio de Luna, José Luis Liso, José Luis López, Antonio Buades y Alonso Marí.
- ⁹¹ *La Vanguardia*, 16-III-1989.
- ⁹² Ribagorda y Cardero, 2004, p. 213.
- ⁹³ Palomo, 1990, p. 321.